

LA ÚLTIMA CENA – GETSEMANÍ [195 – 198] [201 – 203]

2026

Meditación (día 41)

ORACIÓN AGÓNICA

Buenos días, soy el Padre Martín desde la Abadía de Fossanova, en Italia.

Vamos a comenzar con la Tercera Semana de los Ejercicios, y vamos a hablar en esta Meditación un poco de la Oración Agónica de Nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní.

Pero antes viene bien recordar algunas cosas generales de la Tercera Semana, como es la Primera Meditación. Los que ya han hecho Ejercicios esto les va a sonar familiar, pero igualmente viene bien refrescarlo, y los que es la primera que lo están haciendo, les va a venir muy bien.

Como todos saben, San Ignacio dividió los Ejercicios en cuatro semanas. Se habrán dado cuenta que no son semanas de siete días exactamente, sino que cada semana tiene su temática particular y por lo mismo cada semana tiene como un fin propio al cual hay que alcanzar, que ayuda para alcanzar el fin general de todo el Ejercicio, aquello de:

[21] *EXERCICIOS SPIRITUALES PARA VENCER A SÍ MISMO Y ORDENAR SU VIDA, SIN DETERMINARSE POR AFEECCIÓN ALGUNA QUE DESORDENADA SEA.*

Es por eso que por lo general decimos que:

- En la **Primera Semana** se busca **reformar lo deformado**, o sea, viendo todo lo que es deforme en uno, con las Meditaciones sobre Los Pecados y sus consecuencias, buscar cómo reformo aquello.

- En la **Segunda Semana**, cuando se empieza a seguir la Vida de Cristo, decimos que se busca **conformar lo reformado**; es decir, viendo los ejemplos de Nuestro Señor en Su Vida Oculta y en Su Vida Pública, ver qué tengo que imitar para reformar lo deformado.

- Y llegamos así a la **Tercera Semana**, cuando seguimos a Cristo en Su Pasión y Muerte; y el fin concreto de esta Semana es **confirmar** (o reafirmar) **lo reformado**; aquello que vi que yo tengo que imitar a Cristo, que tengo que cambiar de mi vida, darle ahora una base, un sustento, conformarlo, reafirmarlo. Dicho en otras palabras, si uno eligió seguir libremente a Cristo, escuchó el Llamado de Cristo Rey al comienzo de la Segunda Semana, para uno sostenerse en esa elección libre de seguirlo en su trabajo para alcanzar con Él la Gloria, el mejor fundamento que tenemos para sostenerlo en esa elección que hicimos de seguir a Cristo es Meditar en Su Pasión y Muerte.

En pocas palabras, esta Meditación en la Pasión sirve para que yo, viendo todo lo que Cristo ha hecho por mí, todo lo que pasa por mí en la Pasión, me sostenga cuando vengan los momentos de debilidad, de querer volver atrás, de querer dejar de seguir a Cristo.

Podemos también tener en cuenta que los comentaristas dicen que lo que se busca en esta Semana es que el ejercitante alcance una **con-crucifixión con Cristo**. Así como en la Meditación del Nacimiento, en la Segunda Semana, dice San Ignacio que nos tenemos que hacer un siervo de la Sagrada Familia, meternos como un [114] «**esclavito indigno**», tratar de entrar en la escena, aquí hay que ir más allá todavía. Ya no es ver desde afuera, meternos en la Pasión viviéndola de afuera, sino buscar una con-crucifixión, con-crucificarnos con Cristo; es intentar pasar por lo mismo que está pasando Nuestro Señor espiritualmente, evidentemente.

Y como ya estamos bastante avanzados en el Ejercicio, vale tener en cuenta algo de lo que tal vez también ya se han percatado, que es que San Ignacio, a medida que se va avanzando en los Ejercicios, cada vez va dando más libertad al ejercitante y por eso va dando menos indicaciones en las Meditaciones.

Y esto es porque, en cierta manera, ayuda a evitar que se limite la acción de Dios en el alma. Él mismo lo dice, San Ignacio, en las Anotaciones¹ al comienzo del Libro, que el predicador en los puntos tiene que dar la historia, a lo sumo explicar alguna cosa y después dejar que el ejercitante rece; no mucho más, hay que dejar que Dios obre en el alma.

Por eso, cada vez hay en el Libro menos aclaraciones del modo de rezar, de cómo hacer las contemplaciones, de qué hacer con las adiciones, etc. Si uno, por ejemplo, mira al comienzo dice «La oración preparatoria», la explica, dice cuál es, etc.; y en las últimas Meditaciones va a decir «**la sólita**», la acostumbrada oración preparatoria, o mucho menos.

Cada vez va dando más libertad San Ignacio porque, como decíamos, en parte para dar libertad al ejercitante, para que Dios obre más en el alma y eso no es por casualidad, porque si el alma hace elecciones o toma decisiones en base a lo que reza, en base a lo que Dios se comunica con ella y ella con Dios, esas decisiones, esos propósitos, esas elecciones que se hacen, serán más libres y, por lo tanto, mucho más perfectas. Darán más frutos de santidad.

Y para que se termine de entender un poco esto de la libertad que da San Ignacio, lo contrario sería, por ejemplo, que llegamos ahora a la Tercera Semana, y uno como predicador se pone a dar listas de cosas para hacer: «Hay que mirar esto, no mirar esto, hacer aquello, no hacer aquello, evitar tal cosa, esforzarse más en esta otra, hablar así con el prójimo, no hablar así con el prójimo, hacer esto en el trabajo, hacer esto en la familia, hacer esto en la oración, hacer esto en la Misa». Eso puede estar bien al principio; pero a esta altura del Ejercicio, es mejor dejar que el alma sola se comunique con Dios. Desde ya que uno pone ejemplos y uno lo hace como predicador, pero las decisiones y los propósitos tienen que brotar del ejercitante, tienen que ser propios, tienen que ser míos, y por eso tienen que brotar de la oración. Eso es lo que da fruto de santidad y no la búsqueda de cumplir una lista interminable de propósitos que puede dar el predicador o el vecino, quien sea.

Un poco por esto mismo, esta libertad que da San Ignacio, en la Tercera Semana no hay propiamente Meditaciones ignacianas como Dos Binarios, Tres Banderas, etc., sino son todas Contemplaciones de la Pasión, y por lo mismo San Ignacio no especifica si hacerlas

¹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Libro autógrafo de los Ejercicios Espirituales*, [2].

meditando, contemplando o con aplicación de sentidos. Aquí uno tiene que también tomarse la libertad, ver qué me está pidiendo Dios, cómo me va a dar más fruto a mí hacer esta Meditación.

Y lo mismo respecto a la materia que se medita. Si no me equivoco vamos a tener cinco puntos en este Ejercicio sobre la Tercera Semana. Eso no significa que uno esté obligado sí o sí a hacer esos misterios en concreto de los cuales estamos dando los puntos. Si uno ya tiene experiencia y ve que le puede dar más fruto meditar alguna otra parte de la Pasión, hay que hacerlo, hay que dejar que Dios obre en el alma. Para esto último se pueden tener en cuenta los números del [289] al [298] del Libro de Ejercicios; ahí están muy brevemente expuestos los Misterios principales de la Pasión, y uno puede ciertamente hacer la meditación directamente desde ellos.

Yendo a lo que toca hoy, metiéndonos ya propiamente en la Meditación de la Tercera Semana, antes de hablar sobre la Oración Agónica de Nuestro Señor en el Huerto, hay que tener en cuenta algo que puede ayudar a alcanzar el fruto de todas estas Meditaciones de la Tercera Semana, y que pone San Ignacio al comienzo.

Son tres puntos propios de la Tercera Semana y que están bien claros. Los leemos, pero realmente no necesitan mucha explicación. Dice así:

[195] 4º *punto*. El 4º: considerar lo que Cristo nuestro Señor padecer en la humanidad o quiere padecer, según el paso² que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar, así trabaxando por los otros puntos que se siguen.

Esforzarnos en el paso que estemos en la Meditación de realmente dolernos, entrístecernos, llorarnos, y con-crucificarnos con Cristo.

[196] 5º *punto*. El 5º: considerar cómo la Divinidad se esconde es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo dexa padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente.

Así como la humanidad sufre, considerar cómo la Divinidad se esconde ahora.

[197] 6º *punto*. El 6º: considerar cómo todo esto padecer por mis peccados, etcétera, y qué debo yo hacer y padecer por él.

En el momento de meditar todas estas Meditaciones de la Tercera Semana, hay que tener en cuenta estas tres cosas para ayudarnos a sacar el fruto propio de cada Meditación y de toda la Semana.

Vamos entonces ahora hacia algo más concreto sobre la Oración Agónica de Cristo en el Huerto. San Ignacio propone lo siguiente:

La historia:

[201] 1º *preámbulo*. El primer preámbulo es la historia: y será aquí cómo Cristo nuestro Señor descendió con sus once discípulos desde el monte Sion, donde hizo la cena, para el valle de Iosaphar dexando los ocho en una parte del valle y los otros tres en una parte del huerto, y poniéndose en oración suda sudor como gotas de sangre; y después que tres veces

² el Misterio.

hizo oración al Padre, y despertó a sus tres discípulos, y después que a su voz cayeron los enemigos, y Judas dándole la paz y San Pedro derrocando³ la oreja a Malco, y Christo poniéndosela en su lugar, seyendo⁴ preso como malhechor, le llevan el valle abajo y después la cuesta arriba para la casa de Anás.

La historia es todo lo que pasa entre la Cena y el apresamiento de Nuestro Señor. De todo esto, para los puntos vamos a quedarnos en esas dos o tres horas de Oración Agónica en el Huerto.

Composición de lugar:

[202] 2º *preámbulo*. El segundo es ver el lugar: será aquí considerar el camino desde monte Sion al valle de Josaphar, y ansimismo el huerto, si ancho, si largo, si de una manera, si de otra.

Jerusalén está en una colina; el valle de Getsemaní, en otra. Cristo con los Apóstoles pasan por un valle para ir de un lugar a otro. Desde el Cenáculo bajan hasta casi el lecho del río, y ahí suben al Huerto de Getsemaní. Imaginar un poquito el lugar de noche, luna llena, etc.

Petición:

[203] 3º *preámbulo*. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo passó por mí.

Esta es la **petición propia de la Tercera Semana**, el fruto que buscamos en esta Meditación y como decíamos esta con-crucifixión que buscamos en toda la Tercera Semana.

Ya con esto que nos deja San Ignacio, ya conociendo la historia y yendo directamente al Evangelio, podría ser suficiente para meditar, incluso si uno usa esas tres cosas que decíamos antes. Por eso, más que hablar sobre la historia, etc., vamos a profundizar en un aspecto de la Oración Agónica que yo creo que puede ser muy útil.

Igualmente, como dijimos antes respecto a la elección de la Meditación, no hace falta que se sientan obligados a meditar sobre esto; tal vez no se entiende del todo. Hay que buscar lo que dé fruto y aprovechar eso. Pero igualmente, como he dicho, yo creo que puede ser muy iluminador.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO.

Ante esas dos o tres horas de oración de Cristo en el Huerto, es totalmente lícito preguntarnos ¿qué sucede en el alma humana de Cristo? Les dice a los Apóstoles que «*está triste hasta la muerte*»⁵, suda sangre por lo que está sufriendo interiormente, es tanta la tensión que suda sangre. Le pide a Dios Padre, que si es posible que pase de Él ese cáliz, pero que se haga su Voluntad.

³ cortando.

⁴ siendo.

⁵ Mt 26, 38.

¿Qué es lo que sucede? En cierta manera se podría decir que nuestro Señor, durante la oración agónica, comienza a pasar algo semejante a lo que San Juan de la Cruz llama «la noche del espíritu»; y queda en este estado su alma hasta la muerte en la Cruz. Él grita: «*Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*». (Mt 27, 46).

Es un poco lo que dice San Ignacio, que durante la Pasión se esconde la Divinidad.

Pensemos que el alma humana de Cristo, desde el instante de su Concepción, de la Anunciación, goza de la visión beatífica. Es, como decimos en teología, que Cristo fue al mismo tiempo viador y comprensor. Viadores somos todos nosotros que estamos en camino y no vemos a Dios cara a cara; comprensores son los santos, los que ya están en el Cielo y ven a Dios cara a cara. Cristo, en su vida mortal, eran las dos cosas al mismo tiempo por tener naturaleza Divina y naturaleza humana.

Y si bien los efectos externos propios de la visión beatífica, de ver a Dios cara a cara, estuvieron siempre ocultos, salvo en la Transfiguración, igualmente estaba el gozo interior. El alma humana de Cristo siempre tuvo el gozo interior de ver a Dios cara a cara, siempre contemplando la Divinidad, siempre gozando del bien infinito.

Pero de pronto parece privar su humanidad, su alma humana, también de esto, no sólo de los efectos exteriores sino de los efectos interiores. Ciertamente en todo esto hay mucho que queda en el Misterio y no podemos más que aproximarnos con alguna semejanza, pero vemos ciertamente en los Evangelios que Cristo empieza a sufrir como nunca en su interior, o al menos, es tanto el sufrimiento que lo manifiesta. Es el único momento que vemos a Cristo realmente decir expresiones como esta de «*estoy triste hasta la muerte*».

Tratando de vislumbrar lo que nos relatan los Evangelios del sufrimiento de Cristo en el Huerto y durante toda la Pasión, uno empieza a ver que es muy parecido a lo que San Juan de la Cruz describe como «la noche del espíritu»⁶.

A ese privarse de la visión beatífica tenemos que sumarle que Cristo carga sobre Sí todos los pecados de todas las personas, de todo el tiempo, ¡de los que aún no existen! Así que entender lo que le pasa a un alma humana en «la noche del espíritu», nos ayuda a entender un poquito lo que sucede en el Alma de Cristo durante la oración agónica. Nos ayuda a con-crucificarnos con Cristo.

LA NOCHE DEL ESPÍRITU

Veamos cómo San Juan de la Cruz⁷ describe «la noche del espíritu». Habla mucho de esto en todas sus obras, y entenderlo nos sirve, como dijimos, para entender la oración agónica de Cristo.

Esto está en español antiguo. Tiene algunas cosas a las que no estamos acostumbrados a formar en nuestro lenguaje, y no podemos explicar todo tampoco, pero yo creo que se va a entender y uno le puede sacar provecho.

Dice así San Juan de la Cruz:

⁶ momento de purificación del alma.

⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *La noche oscura del alma*, «Libro Primero», siglo XVI (entre 1577 y 1579).

La primera purgación o noche es amarga y terrible para el sentido.

Son dos noches de las que habla San Juan de la Cruz, la primera es «la noche del sentido» y la segunda es «la noche del espíritu».

La segunda no tiene comparación, porque es horrenda y espantable para el espíritu, lo cual es de tanto sentimiento y pena para el alma porque le parece aquí que la ha Dios arrojado, que es uno de los mayores trabajos que sentía Job cuando Dios le tenía en este ejercicio y él decía: «¿Por qué me has puesto contrario a ti y soy grave y pesado para mí mismo?»

Porque viendo el alma claramente aquí, por medio de esta pura luz, aunque oscura su impureza —ya el alma ha crecido en vida espiritual y Dios comienza a iluminarla y le empieza a hacer ver la propia miseria— conoce claro que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que más le pena es que piensa que nunca lo será y que ya se le acabaron sus bienes.

Esto le causa la profunda inmersión que tiene de la gente en el conocimiento y sentimiento de sus males y miserias —se da cuenta de que parece que todos saben lo perversa que es el alma y tal vez sea uno de los más grandes santos— porque aquí se las muestra todas al ojo esta divina y oscura luz y que vea claro cómo de suyo no podrá tener ya otra cosa. Sufre, ve su miseria y le parece que va a ser para siempre.

Hasta aquí San Juan de la Cruz. Esto es parte de lo que vive Cristo en la oración agónica. Es muy parecido. Cristo priva voluntariamente su humanidad de los efectos de la visión beatífica y al mismo tiempo se ve culpable de todos los pecados. Parece como que el Alma de Cristo en la oración agónica sólo ve miseria, pecados que no son los propios porque no tenía ninguno, pero que carga los pecados de toda la humanidad como si fueran propios y que eso no se va a terminar nunca.

Por eso sumémosle que esto que describe San Juan de la Cruz es para una persona y para alguien que ya ha avanzado mucho en su vida espiritual. Si Dios a alguien le da la gracia de pasar por la noche del espíritu es alguien que ya ha crecido mucho en la vida espiritual. Tiene sus miserias, tal vez pecados de la vida pasada, y sufre tantísimo. Pensémoslo. Hay que compararlo con las propias miserias, con lo que es cargar todos los pecados de toda la historia de todos los hombres. Hay un abismo de diferencia en la miseria que se ve. Si así sufre un alma como describe San Juan de la Cruz por la propia miseria es realmente inefable, imposible de pensar, de abarcar, lo que está cargando Cristo, la miseria que está viendo Cristo.

Dice más San Juan de la Cruz:

Porque el sentido y espíritu, así como si estuviese debajo de una inmensa y oscura carga, está penando y agonizando tanto que tomaría por alivio y partido morir. Lo cual, habiendo experimentado el profeta Job, decía: «No quiero que trate conmigo con mucha fortaleza — que Dios lo trate con fuerza— porque no me oprima con el peso de su grandeza».

Esto es: «*Mi alma está triste hasta la muerte*».

Sigue San Juan de la Cruz:

En la fuerza de esta opresión y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida que le parece, y así es, que aún en lo que solía hallar algún arrimo —algún descanso, algún gozo—

se acabó con lo demás y que no hay quien se compadezca de ella. A cuyo propósito, dice también Job: «Compadeceos de mí, a lo menos vosotros mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor».

Presión tan grande que sufre el alma que pasa la noche del espíritu.

Pero lo que esta doliente alma aquí más siente —y esto también lo podemos ver en la oración agónica— es parecerle claro que Dios la ha desechado, y aborreciéndola arrojado en las tinieblas, que para ella es grave y lastimera pena creer que la ha dejado Dios. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y desprecio acerca de ellas, particularmente de los amigos. Si él —si Dios— no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, moriría muy en breves días —una tristeza que mata— mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima viveza.

Lo cual, algunas veces se siente tan a lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición, porque de estos son los que de veras «*descienden al infierno viviendo*» (Sal 54,16). Pues aquí se purgan a la manera que allí, —está hablando ahora sí del Purgatorio— porque en esta purgación es la que allí se había de hacer. Y así el alma que por aquí pasa o no entra en aquel lugar, o se detiene allí muy poco, porque aprovecha más una hora aquí que muchas allí.

Todo esto que suena realmente terrible: lo que pasa un alma en la noche del espíritu que se ve abandonada por Dios, que parece que eso va a durar para siempre, que todo lo que le producía gozo, descanso espiritual, ya no le hace nada, que se ve despreciada por todo; todo eso tan terrible como lo plantea San Juan de la Cruz —si quieren pueden leer sus obras, profundizarlo más— todo eso es como pincharse el alma con un alfiler al lado de lo que pasa a Cristo en la oración agónica.

Y lo más interesante, digamos, da miedo, pero lo más interesante de todo esto, que además de que nos sirve para unirnos a la Pasión, para adentrarnos en el Misterio del Sufrimiento de Cristo, es que podemos estar llamados a pasar por lo mismo, a pasar por esta noche.

¿Por qué tendríamos que pasar por algo parecido? Puede servir algo de nuestras Constituciones, que si bien está escrito para religiosos, se puede igualmente aplicar a cualquiera; dice así:

De tal modo que estemos firmemente resueltos a alcanzar la santidad, un religioso que no esté dispuesto a pasar por la segunda y tercera conversión, o sea, que no esté dispuesto a pasar por las noches del alma, o que no haga nada en concreto para lograrlo, aunque esté con el cuerpo con nosotros, no pertenece a nuestra familia espiritual.

De un laico podríamos decir que alguien que no está dispuesto a pasar por una segunda y tercera conversión, buscar adentrarse en esas noches que purifican el alma, no se le puede llamar un verdadero cristiano. Tal vez un poco exagerado, pero como dice Santa Teresa⁸:

...(Debemos tener), una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar —a la santidad— venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare,

⁸ SANTA TERESA, *Camino de perfección*, Capítulo 21.

murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo...

Lo que importa es dar un paso más, un paso más siempre es el mismo paso que vuelve a comenzar.

Hasta ahí nuestras Constituciones. Así que toca ahora contemplar a Cristo en su oración agónica. Considerar que es la más terrible de las noches que pudo pasar un alma humana. Tener en cuenta que todo eso lo hace por mí y por mis pecados y que, si Dios lo quiere, y nos lo permite, estamos llamados a pasar por lo mismo, a pasar por una oración agónica en esta vida, a nuestra medida insignificante al lado de la de Cristo, pero igualmente de mucho sufrimiento, pero que sirve para nuestra santificación.

No olvidarse de buscar y pedir el fruto, [203] «... dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí».

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[198] *Coloquio.* Acabar con un coloquio a Christo nuestro Señor, y al fin con un Pater noster.

Por último, recordar que San Ignacio propone hacer el coloquio directamente con Cristo.

Que la Virgen nos ayude a alcanzar los frutos; y ya que estamos, recen por todos nosotros, que podamos ser fieles a esto que estamos predicando. Dios los bendiga.